



Igualdad

DESAFÍOS DE LA IZQUIERDA EN AMÉRICA LATINA Y CHILE ANTE UN NUEVO CICLO POLÍTICO

**Intervención en el panel inaugural del Congreso Estratégico
de Revolución Democrática**

Clarisa Hardy

23 de noviembre de 2018

Palabras iniciales

Quiero agradecer la invitación que me han formulado a este importante momento de Revolución Democrática en que se proponen abordar los retos estratégicos que, como fuerza emergente, tienen en el plano político y programático. También nosotros, los socialistas, estamos próximos a un ejercicio similar: nuestro Congreso será a fines de enero del 2019, un par de meses después de éste. Saludable para la política nacional que fuerzas de izquierda, una histórica y otra nueva, se den el espacio para reflexionar su sentido y quehacer, su propósito y proyecto.

Quiero partir diciendo que para mí, como antigua y perseverante militante del Partido Socialista de Chile, valoro la presencia y el fortalecimiento de una izquierda emergente que nace desde fuera de los partidos tradicionales (no por escisiones como era lo habitual). Y lo valoro al menos por dos razones: la primera de ellas, porque ser desafiados desde afuera fuerza a los partidos históricos a revisarnos, renovarnos o morir (o lo que sería patético, languidecer). La segunda razón y muy vinculada a la anterior, porque puede ser un espacio de convocatoria de aquéllos que acusan y gritan desde la vereda del frente para que crucen la calle y se suban a esta vereda.

Tener una política viva en los foros y en las calles tiene sus límites si no logra expresarse en acciones que incidan en el sistema político, en el gobierno de las instituciones, en el gobierno de la sociedad.

Y lo puedo graficar con una experiencia que tal vez ustedes no sepan o no recuerden porque eran muy jóvenes cuando ocurrió. En 2010, poco antes de las grandes manifestaciones estudiantiles que tuvimos en Chile, la crisis financiera internacional gestada en el mundo desarrollado que provocó alto desempleo y pérdidas de beneficios en muchos modelos de bienestar sacó a millones de personas adultas y jóvenes a las calles. Estos movimientos fueron bautizados como “los indignados” en los numerosos países en que proliferaron. ¿De dónde venía tal denominación? De un pequeño libro escrito por un autor francés, Stephen Hessel, un ex combatiente y sobreviviente de la resistencia francesa, internado en campos de concentración por su condición de judío y que fue uno de los redactores de la Declaración Universal de los Derechos Humanos de 1948. Su libro, llamado *Indignaos* y en el que denuncia los efectos del avance neoliberal en la sociedad francesa y europea llegó a vender casi dos millones de ejemplares en menos de seis meses.

Poco después, el mismo Hessel publicó un segundo libro, esta vez titulado *Comprometeos* del cual se vendieron solamente 100 mil ejemplares¹. En este libro, escrito al fragor de las movilizaciones multitudinarias que colmaban las capitales y ciudades europeas y que se

¹ Uso la expresión “solamente” por contraste con los 2 millones de ejemplares vendidos del libro que le precedió, puesto que vender 100 mil ejemplares es un rotundo éxito editorial.

esparcieron hasta Nueva York e Israel, su autor -que a esas alturas tenía más de 90 años- escribe que ya no basta indignarse y que hay que actuar. Textualmente señala “que nuestra capacidad para indignarnos puede y debe llevarnos a acciones constructivas”. En su prólogo les habla especialmente a los jóvenes y los invita a comprometerse, abrirse al mundo que los rodea, luchar contra el determinismo histórico y actuar, “no para lograr el mejor de los mundos, sino un mundo posible”.

Dos millones estuvieron disponibles a indignarse y sólo cien mil de ellos a comprometerse en la acción.

Revolución Democrática y otras fuerzas que confluyen en el Frente Amplio son parte de este esperanzador movimiento que pasa de la protesta a la acción y a la proposición, pagando incluso el costo de su institucionalización que implica correr riesgos, pero asimismo abrir puertas posibles de influencia real en la sociedad y en la política nacional. Decisivo es para estas fuerzas emergentes, y para ustedes en particular como Revolución Democrática, enfrentar el reto de reconocer el justo equilibrio entre la comprensible construcción de su identidad y la necesaria confluencia con un arco plural de centro-izquierda que permita pasar del testimonio a la acción colectiva, dado el nuevo ciclo político que estamos viviendo.

A qué nos enfrentamos

Sin un diagnóstico adecuado sobre la realidad y en un momento en que reemergen populismos y autoritarismos -de derecha y de izquierda- con bastante adhesión a niveles internacionales y en América Latina, fenómeno del que ya hay evidencias también en Chile, corremos el riesgo no sólo de ser una izquierda que pierde influencia dejando sin contrapesos el dominio de una agenda hegemónica neoliberal, sino la existencia misma de la democracia que muestra evidentes signos de debilidad de manera generalizada.

A partir de la información de sucesivos estudios en la última década se aprecian cuatro fenómenos que se han mantenido sostenida y progresivamente y que están impactando la subjetividad de la ciudadanía:

- Aumenta la indiferencia hacia la democracia como régimen político. Según el último Latinobarómetro 2018 -que es el que revela el peor resultado en materia de deterioro de adhesión a la democracia desde que se aplica en 1995- casi uno de cada tres ciudadanos latinoamericanos manifiesta indiferencia hacia cualquier régimen político. En Chile, la adhesión al régimen democrático es escasamente mayoritaria (54%), la indiferencia hacia cualquier régimen es menor que en el resto de América Latina (15%), pero después de Paraguay -que acaba de elegir presidente al hijo de quien fuera el secretario del dictador Stroessner, el nuestro es el segundo país de la región con mayor preferencia por un régimen autoritario, con 23% de los ciudadanos encuestados. Son estos nuevos sectores de indiferentes ante cualquier régimen político sumados a los que abiertamente adhieren a un

régimen autoritario los que potencialmente están disponibles a salidas políticas de corte autoritario aún si en una nueva variante de autoritarismo con elecciones.

- Se masifica una insatisfacción hacia la democracia con gobiernos percibidos al servicio de los menos y distantes de las necesidades de las grandes mayorías, en la región más desigual del planeta. Sólo un 20% de los latinoamericanos están satisfechos con la democracia. En Chile, si bien algo mayor, casi la mitad de la población está insatisfecha con la democracia. Y tanto en la región como en Chile está asociada a una alta percepción de injusticia social. No sólo nos lo dice el Latinobarómetro. Estudios realizados en nuestro país por el PNUD y por la socióloga Kathya Araujo de la USACH apuntan a una desafección con la democracia, a un malestar que está radicado en la esfera de la desigualdad de trato, en las relaciones de subordinación, en la existencia de privilegios y discriminaciones por razones de origen, así como en las prácticas verticales y abusivas que reglan las relaciones entre quienes tienen y no tienen poder. En suma, la fragilidad de la adhesión a la democracia está radcada en las distintas expresiones de la desigualdad.
- A lo anterior se suma una percepción de extendidas prácticas de corrupción que afectan a los poderes públicos, involucrando a gobiernos, parlamentos y sistema judicial, hoy como vemos también a los uniformados, así como a los partidos políticos que, junto con el Congreso, son las dos instituciones que gozan de la menor confianza ciudadana. En la subjetividad de la ciudadanía las prácticas de corrupción están asociadas al ejercicio del poder y esto sin distinciones en el arco político de la derecha a la izquierda, como lo hemos visto en los países de la región y en la transversalidad política de dichas prácticas en Chile.
- Finalmente, y no menos importante, una creciente percepción de violencia que, aparte del crimen organizado, afecta las relaciones intrafamiliares (percibida como la más dañina de las violencias, me refiero a la violencia hacia las mujeres y la niñez) y la vida cotidiana en las calles (violencia callejera que es percibida como la más frecuente a la que se está expuesto). Comienza a normalizarse la violencia como modo de convivencia para dirimir conflictos interpersonales, sociales y políticos.

Subyace a todos estos fenómenos el sentimiento de miedo fruto de la inseguridad. Y el miedo derivado de las inseguridades ha sido el caldo de cultivo de salidas populistas, por un lado, y de corte autoritario, por otra.

Una sociedad en que los reclamos ya no son de los más pobres, sino de grandes mayorías sociales o ciudadanas que tienen en común las asimetrías de poder en todos los planos: sin duda está presente el clásico conflicto entre ricos y pobres, o entre empresarios y

trabajadores, pero también entre empleados y desempleados e, irrumpiendo con fuerza, entre mujeres y hombres (o mujeres y patriarcado), así como entre “nativos” y “foráneos” (expresados por las fuertes olas migratorias, especialmente si son afrodescendientes, así como por demandas indígenas).

Esta dinámica subjetiva de conflictos que también han sido explorados por distintos estudios -y cuya lectura oportuna hubiera anticipado algunos movimientos que nos explotaron en la cara-, debería estar marcando nuestra conversación política con tanta o más fuerza que los habituales datos del coeficiente de Gini, las estadísticas de empleo, las métricas del crecimiento económico y los índices de desarrollo humano. Apelo, entonces, a asumir que la política que se nutre solamente de los así llamados datos “objetivos y/o estructurales” de la realidad sin dar cuenta de las subjetividades de quienes los viven va a encontrar severas limitaciones de comprensión y, por tanto, de orientación a la acción y propuestas. Ese es el principal obstáculo al reencuentro partidos-ciudadanía.

Nuestros retos

Estuve tentada de traer a la discusión de ustedes, como un aporte que les puedo hacer como socialista, nuestras propuestas de proyecto y programáticas. Pero creo que eso toma tiempo, mucho más del que tenemos disponible en el panel de esta tarde, y además sería muy pretencioso entrar en una discusión que ustedes deben darse en su propio Congreso. De todos modos y por si les pudiera ser de utilidad pongo a su disposición los documentos a los que me refiero: *Hacia una Estrategia de Desarrollo Inclusivo y Sostenible* que, a petición de la entonces presidenta del PS Isabel Allende, preparamos para el XXX Congreso Socialista de 2016, así como al posterior documento de *Bases Programáticas Socialistas de 2017*.

En lo esencial y en muy pocas frases ante ustedes, sostenemos que no hay transformación posible sin una nueva Constitución que permita reglar, a través del pacto constitucional, las nuevas relaciones políticas, económicas y sociales que superen el orden neoliberal. Sin tal pacto constitucional no hay condiciones para una estrategia de desarrollo que tenga en su centro la inclusión, con pleno respeto del medioambiente, con derechos sociales y laborales garantizados, en un sistema plenamente democrático. Estoy simplificando en exceso lo que centenares de páginas detallan con mayor precisión y en donde la descentralización y el territorio son fundamentales, allí donde transcurre la vida cotidiana de cada cual, siendo ese el espacio articulador de nuevas relaciones de reciprocidad o solidaridad, para iniciar la reconstrucción de nuestro perdido sentido de comunidad.

En dichos documentos sostenemos -y lo reitero acá y ahora- que no hay condiciones de profundización democrática y de un desarrollo inclusivo y sostenible sin una potente agenda por la igualdad de género. Y eso ha sido asumido en la Conferencia Programática de julio de este año, en la que el Partido Socialista se declara partido feminista (sospecho que hay muchos militantes varones que todavía no salen de su sorpresa).

Y si alguna duda cabe respecto de la justeza de esta propuesta socialista y que ella no es el fruto de algunos expertos, o intelectuales, o dirigentes, sino la síntesis de muchos conversatorios y ampliados muy participativos en el territorio, es cosa de mirar lo que ha ocurrido este 2018: la irrupción de una movilización masiva nacional feminista y la postergada demanda por sus derechos y autonomía de los mapuche. Ambas constituyen, junto con la centralidad de la sustentabilidad ambiental y la preservación de nuestros recursos naturales, lo esencial de un nuevo pacto constitucional porque ponen en juego el conjunto de relaciones económicas y de propiedad, políticas y sociales que marcan los límites del ejercicio de nuestras libertades y de los derechos universales que nos constituyen como ciudadanos iguales.

Dicho lo anterior, prefiero destinar los pocos minutos que me quedan a formular los retos que suponen la reconstrucción de las izquierdas en Chile.

Qué significa ser socialista, socialdemócrata de izquierda o simplemente ser de izquierda hoy, es la pregunta que todos deberíamos respondernos.

Ha habido un largo recorrido en el mundo y en América Latina, en nuestro país en particular, para llegar a la convicción de formar parte de conglomerados políticos que asumen como proyecto aquel que de manera indisoluble une las aspiraciones de ampliación de las libertades con la búsqueda de la igualdad, en sus distintas dimensiones. Al menos el socialismo chileno ha hecho esa opción como proyecto. Y sin matices. Hago mía la frase de Hanna Arendt *“no vale la pena preguntarse cuánta libertad vale la justicia o la igualdad. Se trata de vivir en libertad, y la igualdad no es sino el régimen de la libertad”*.

El punto es cómo reponer en clave del presente este irrenunciable compromiso de ampliar las libertades y las igualdades: ello exige entender qué está pasando en el presente, bajo una hegemonía neoliberal no sólo económica, sino cultural y que ha permeado las relaciones sociales y políticas, en el actual contexto de una correlación de fuerzas que tiene a la derecha en el gobierno. Es ese el escenario en el que debemos actuar para responder alternativamente al proyecto neoliberal, para legitimar y viabilizar un camino de ampliación y profundización de libertades de quienes aún no están en condiciones de ejercer autónomamente sus derechos y avanzar en los distintos ámbitos de la desigualdad que afecta a distintos sectores y grupos sociales.

Si bien los avances en derechos políticos y civiles, por definición individuales, parecen gozar de alta legitimidad, también aparecen evidencias que en pos de la seguridad hay creciente disposición a ceder parte de esos derechos. Y no sólo lo muestran en forma extrema los gobiernos de Trump, Maduro, Ortega y ahora Jair Bolsonaro, todos ellos surgidos del voto popular, sino también los crecientes controles a las libertades individuales que significa el combate al terrorismo o a la delincuencia: las horas y procedimientos en revisiones corporales y de equipajes en los aeropuertos, los controles

en las entradas de oficinas y organismos nacionales e internacionales, los controles en las calles y en las escuelas que pasan a ser hechos cada vez más generalizados. Es una cesión de derechos individuales a cambio de seguridad hasta que la seguridad pasa a ser un fin en sí mismo y la pérdida de derechos individuales se comienza a normalizar.

Cómo garantizar el más pleno desarrollo de las libertades en este contexto y cómo equilibrar su ejercicio con una creciente percepción de inseguridad, desconfianza y miedo? Este es un reto que las izquierdas democráticas debemos responder sin abdicar al derecho a vivir seguros y protegidos, sin sumarnos a la cada vez más popular mano dura que trata de remediar las consecuencias sin ocuparse de prevenir su ocurrencia.

Ni hablar de los retos que estos derechos afrontan con las nuevas tecnologías de la información y la masificación de las redes: cómo se aborda la privacidad y cómo nos protegemos de la profusión de información falsa y de la manipulación informativa. Eso ya no es ciencia ficción, sino experiencia cotidiana.

Pero, aún si estamos viendo estos nuevos límites que amenazan los derechos individuales, tanto políticos como civiles, ellos siguen teniendo alta legitimidad. En cambio, aquellos otros derechos que por esencia son colectivos -los derechos económico, sociales y culturales- están poco validados dada la hegemonía valórica neoliberal.

Si en el plano de los derechos políticos y civiles el reto es cómo evitar retrocesos y en ese marco promover aquellas iniciativas por la profundización de la democracia, en el plano de los derechos económicos, sociales y culturales -aquéllos que nos permiten correr las fronteras de las desigualdades-, el mayor desafío es vencer la barrera que impide asumir que sólo son posibles de desplegar si se los define como derechos colectivos: la pobreza, la cesantía, la precariedad laboral, la enfermedad, la vejez, la pérdida de funcionalidad, por mencionar los riesgos más evidentes de conculcación de derechos, no son de otros y nos acechan a todos y todas por igual.

El esfuerzo colectivo, la solidaridad, es un seguro individual también. Pero no es así comprendido por importantes sectores de la sociedad. Largas décadas de competencia generalizada, mercantilización de las relaciones, creciente individuación, pérdida de sentido de pertenencia e identidad con la comunidad, marca la resistencia a aceptar el carácter colectivo de estos derechos y amenaza los avances en igualdades. Se resienten las desigualdades, se reclama la desigualdad de derechos, pero no se aceptan los caminos y los medios para revertir tal situación.

Para finalizar, y aunque más no sea a modo de titulares, debemos hacernos cargo de fenómenos y problemas variados y complejos para avanzar en nuestras reflexiones estratégicas:

- Reflexiones que no pueden eludir referirse a los roles y relaciones entre Estado, mercado, sociedad y comunidades organizadas; familias e individuos; actores públicos y privados, para darle contenido al proyecto de desarrollo sostenible e

inclusivo en un mundo global y cada vez más impactado por el cambio climático.

- Reflexiones que deben abordar las formas de articular derechos individuales (que hoy dominan la demanda ciudadana) y derechos colectivos (subjettivamente muy desvalorizados como se aprecia en las dificultades para avanzar en gratuidad educacional universal, en un fondo único universal de salud y en la creación de un fondo colectivo que coexista con el fondo individual en el sistema de pensiones).
- Reflexiones que deben hacer posible conquistas de autonomía (de la más variada naturaleza como se aprecia en las demandas feministas y de los pueblos indígenas, por mencionar las más candentes), en un marco de convivencia y gobernabilidad de la diversidad.
- Reflexiones que deben hacerse cargo de la centralidad del trabajo como organizador de la vida social y económica en un escenario en que habrá de convivir el avance tecnológico y la robotización con el empleo precario que representa un inamovible tercio de nuestros trabajadores y trabajadoras. En un país en que dos terceras partes de los trabajadores gana en torno de \$550 mil y en que las brechas de ingresos son casi de 40 veces.
- Reflexiones que, dada la previsible transformación del modo de trabajar, nos interroga si la seguridad en los ingresos debe ser parte de los derechos laborales o un derecho ciudadano, como está empezando a producirse en sociedades más avanzadas con el ingreso ciudadano universal.
- Reflexiones que deben incorporar a los nuevos actores y fenómenos que inciden en la organización de la vida social y económica más allá del actor clásico trabajadores y en que el protagonismo de las mujeres, con su invisible trabajo no remunerado, ocupa un papel central.
- Reflexiones que se deben hacer cargo del impacto de las nuevas tecnologías de la información y las redes sociales con el traspaso del mundo analógico al digital.
- Reflexiones que surgen de los cambios demográficos en una sociedad que envejece velozmente y que desafiará crecientemente al sistema de salud y de pensiones en clave de seguridad social y no como seguros personales de consumidores.
- Reflexiones que como nunca antes deben abordar el sentido de nación en esta globalización, con fenómenos incontenibles de migraciones masivas y conflictos vecinales, en una inexistente integración regional latinoamericana que, más allá de lo comercial, tiene pendiente la articulación política, cultural y social de nuestros pueblos.